

Ernesto Langer Moreno

EL CIRCULO
primera parte

1

Mi vecino del departamento de al lado me dijo una vez que nos encontramos en el ascensor, que yo hacía mucho ruido y debido a eso no conseguía dormir por las noches. Pero no pude entender porqué cuando yo, después de las diez, apago todas las luces y por lo general me duermo. Además vivía solo, no tengo siquiera una mascota y creo que no ronco, digo que creo porque uno nunca se escucha roncar a sí mismo.

No le tomé asunto y pensé era otro viejo loco que sufre alucinaciones paranoicas. De mí podía quejarse de cualquier cosa, menos de que hiciera ruido por las noches.

Afortunadamente fueron pocas las veces que me lo encontré y cuando lo hice traté de evitarlo, para que no saliera con otra de sus payasadas. Supongo que eso fue lo mejor, no rebatirle nada, no desmentir su absurda acusación. De todos modos me mudaría pronto. Nunca me gustó vivir en el 14 avo piso, porque siempre he sido temeroso de los temblores y si me asomo al balcón tengo vértigo. Además, hace tres meses que no pagaba el arriendo y el dueño del departamento quería expulsarme.

Todo esto sucedía porque me quedé sin trabajo gracias a otro loco que logró sacarme de mis casillas y

a quien le rompí la nariz de un certero puñetazo. Se lo pegué porque el tipo me acosaba, pedía cosas imposibles y cuando me veía complicado me gritaba delante de todos. ¡Qué se habrá creído el muy desgraciado!

No era solo yo quien le tenía mala al sujeto, eso lo sé por los comentarios de pasillo, muchas personas le tienen mala; por ejemplo, toda esa gente que asintió con su mirada cuando no pude más y le pegué, tirándolo al suelo. Así que me echaron, y desempleado, sin plata, no tenía más alternativa que cambiar de domicilio.

Saqué las cuentas, por desgracia eran pocos los pesos a mi haber. Creo que, con suerte, me servían para comer unas dos o tres semanas. Estaba en bancarrota, y eso me impidió dormir temprano por las noches. Me quedé despierto hasta altas horas de la madrugada mientras mi cabeza no paraba de pensar.

Mi conclusión fue que solo tenía dos posibilidades: o me iba a la calle o a la casa de mis padres, sin saber si ellos me aceptarían. Pero tenía que intentarlo. La situación actual no daba para más. Podía quedarme en el departamento sin pagar un centavo, hasta que el dueño pudiera echarme, después de algunos meses, según la ley. Pero además existían las cuentas del agua y la luz. Que fome sería, me dije, no poder tirar la cadena ni ver la televisión. Las miradas acusadoras de los vecinos nunca me importaron.

Decidí finalmente golpear la puerta de mis progenitores, quienes me recibieron en forma cariñosa y me permitieron utilizar la misma pieza que tenía cuando vivía con ellos, que por lo demás estaba igual, las mismas cortinas, el mismo cubrecama y mis afiches de Metálica y Angeline Jolie en una de sus paredes.

Me fui de la casa porque quería ser libre. Quería poder llegar a cualquier hora, traer una mujer y encerrarme con ella en mi pieza sin que nadie me lo impidiera ni objetara. También porque ya no me llevaba bien con mis padres que comenzaron a exigirme que estudie o encuentre un trabajo, cosa para lo cual todavía no me sentía verdaderamente preparado. Lo mío era escuchar música, leer comics, trasnochar y ver los reality de la televisión, para después dormir hasta medio día, tapado con las sábanas hasta la coronilla.

Así que las discusiones con mis padres se fueron multiplicando y multiplicando, hasta que por esas cosas de la vida, de forma sorpresiva, alguien conocido me ofreció un empleo como administrativo en una empresa de transportes donde trabajaba una rubia de miedo que, para más remate, resultó ser la amiga de una amiga y le faltó poco para abrazarme desde el mismo día que llegué.

Con ella precisamente nos cambiamos al departamento pagando los gastos a medias. Todo resultó de las mil maravillas, al menos por unos meses, hasta que después ella cambió inesperadamente de trabajo y también de pareja, como si fuera una culebra que muda su piel. De nada me sirvió insistir que entre los dos nos habíamos comprometido a pagar el arriendo, y me quedé solo, cosa que resistí cuanto pude y hubiese podido continuar sino fuera porque aquel imbécil se cruzó en mi camino, le pegué y me echaron.

No me dio vergüenza que todos se enteraran que estaba de vuelta en la casa familiar. Mis padres se sentían dichosos de tenerme de nuevo comiendo en su mesa y durmiendo bajo su techo. Más aun, una vez

instalado, cómodo, sin mayores exigencias, —porque ahora se me permitía todo, incluso un holgazaneo general—, sin darme cuenta me fui habituando a mi anterior ritmo de vida.

Mis padres querían consentirme, me mimaban, y yo por supuesto me dejé querer. Aproveché de levantarme pasado el medio día y después de tomar una ducha, en la que siempre me lavaba el pelo, salía a juntarme con mis amigos del barrio, una tropa de fracasados, sin pega, que todavía aplanaban las calles vecinas conversando y fumando marihuana a la vista de todo el mundo, hartos del sistema, atrapados como una mosca en una telaraña de sueños sin futuro.

Entonces, durante un tiempo, volví a ser uno de ellos. Reuniéndome en las esquinas a conversar sobre temas intrascendentes, a ser el mismo paria de antes. Aunque esta vez aquello no me dejó satisfecho, porque súbitamente comencé a querer ser otro, alguien, no necesariamente alguien importante o rico, pero sí alguien independiente, con mejor perspectiva y futuro. Nunca más un fracasado, un mantenido.

Las vueltas de la vida, me dije, mientras masacraba la colilla de un cigarrillo recién fumado, aplastándola con mi zapato contra el pavimento. Ahora quería ser útil, progresar, realizarme, ser un aporte para la sociedad, todas esas cosas que antes despreciaba. Sentí que era necesario dar un giro de 180 grados y entonces comenzó mi odisea.

Ese mismo domingo me puse a buscar trabajo mirando los avisos de los diarios. Por supuesto tuve de inmediato la aprobación y ayuda de mis padres, que

con asombro vieron como su hijo único por fin sentaba cabeza. cambiando de rumbo, Yo me alegré de verlos tan contentos. Mi padre no paraba de golpearme la espalda cariñosamente, me ofreció dinero para los trámites, para las fotocopias de mi currículum, envió de cartas y plata para el micro, en caso que fuera necesario.

El destino me sonrío, pensé entonces, mientras miraba fijamente el cielo de mi pieza, tirado sobre mi cama, contento, repleto el pecho de sueños y esperanzas.

Pero desde un principio me topé con que no estaba lo suficientemente calificado, que solo podía postular a cargos de menor importancia: júnior, ascensorista, vendedor de multitienda, cajero de supermercado y cosas por el estilo. Ni siquiera podía optar a un cargo como el que tuve en la empresa de la que me echaron. Ese fue mi primer golpe. Después vendrían otros, como supongo le ocurre a todo el mundo, porque la vida es una lucha y cuando abrimos los ojos ya es demasiado tarde.

Al cabo de algunas semanas tuve cinco entrevistas. Tres para vendedor y otras dos de repartidor de pizzas. Pero ninguna prosperó. En todas quedaron de llamarme. A pesar que el sueldo era mísero, yo me hacía vanas ilusiones que después se desvanecían. Entonces empecé a desesperar, me puse a rogarle a Dios, un Dios en el que confieso no tengo ninguna fe, pero no veía otra salida y tuve que invocar a cualquiera que pudiera ayudarme.

No sé si esa fue una buena idea, pero lo hice: me deshice en emoción y ruegos hasta que sin respuestas de ningún tipo me fue ganando la impotencia. (Dios no existe).

No te desanimes, me dijo muchas veces mi madre, a lo mejor te convendría iniciar un negocio independiente. Pero era incapaz de imaginar qué podría hacer alguien como yo, sin estudios, sin recursos ni pitutos.

Lo cierto es que pasaron las semanas y no logré encontrar un trabajo. Ninguno. Parecía que todas las puertas me estaban cerradas.

Llevaba demasiado tiempo viviendo de la generosidad de mis padres, quienes de todos modos en ningún momento me sacaron en cara mi nulo aporte al presupuesto familiar, a pesar de sus limitados recursos económicos. Yo sentía que debía valerme por mí mismo, pero ¿qué podía hacer frente a las circunstancias que se empeñaban en mantenerme parado, inactivo, sin trabajo? Y no es que le pusiera poco empeño, porque dejé los pies en las calles, haciendo caso omiso de mi vergüenza, de mi dignidad, preguntando por un trabajo, cualquiera, el que fuera, sin ningún éxito.

Me pasé noches y noches enteras pegado al cielo de mi pieza pensando en qué podía hacer, cómo salir del hoyo negro en que caía sin remedio. Entre otras cosas pensé en convertirme en un gigoló para mujeres con plata y poco cariño, pero renuncié al instante seguro que ni siquiera aquello estaba a mi alcance. Incluso pensé en comprarme un revólver y dispararme en la cabeza, pero ¿con qué dinero?

Llegué a tal punto que me caían lágrimas, sobre todo cuando veía lo difícil que resultaría recuperarme y despegar.

Me arrepentí mil veces de aquel combo pegado con tanta fuerza como inconsciencia; aquello me había costado el puesto de trabajo que ahora veía tan lejos, casi inalcanzable. No había trabajo para mí, como si tuviera una enfermedad y eso, no le importaba a nadie.

2

Ese día llovía, Marcelino desesperaba en su pieza, solo, casi muerto de angustia, con la moral decaída, envuelto en emociones negativas que no lo dejaban pensar con claridad. Así que decidió salir a mojarse bajo la lluvia. A ver si de ese modo se le aclaraban las ideas; si acaso podía mirar hacia otro lado y abandonar ese espacio oscuro del cual no podía zafarse. Pasaba por un mal momento y el día con sus nubes negras parecía acompañarlo, seguirlo como si fuera su sombra. Al salir de su casa sintió la lluvia sobre la cabeza y no le importó, siguió caminando hasta que llegó al paradero de locomoción colectiva, en el que se guarecían de la lluvia dos de sus amigotes que tenían el lugar pasado a marihuana. Marcelino los vio y se acercó para saludarlos. Los amigos lo acogieron fraternalmente y le pasaron un pito al que Marcelino sin pensarlo le pegó una buena fumada. Eso podía ayudarlo, liberarlo de tanto pensamiento impulsivo e indeseado, que no quería más.

Fueron ellos, bajo el refugio de ese paradero de locomoción colectiva, quienes le hablaron del “trabajito”, que no era algo difícil ni peligroso, sino al contrario, simple y muy lucrativo.

Para su buena suerte, como le dijeron, había llegado justo en el momento propicio, porque les faltaba un socio, alguien con cojones para ejecutar su parte en el operativo. Le contaron el plan y como aquella era una propuesta que lo comprometía, le pidieron que no respondiera de inmediato, que lo pensara. El por supuesto accedió; aunque su primera impresión fue que sus amigos estaban locos.

Es cierto que el panorama laboral no era promisorio, que los trabajos de verdad no crecían en los árboles, y que si la cosa continuaba parecida el futuro se veía más bien color de hormiga. Pero de ahí a formar parte de una asociación ilícita había un abismo. Así que continuaron conversando de otras cosas y Marcelino se despidió para seguir, según él, disfrutando de la lluvia.

Al rato volvió empapado a su casa.

Ese mismo día en la tarde cayó sobre la ciudad una lluvia torrencial que le impidió a Marcelino volver a salir y en esa pieza un poco fría, acompañado por la música estridente de los Rolling Stone, se quedó a reflexionar sobre sus posibilidades, que eran casi nulas; y esa falta de oportunidad lo tenía por las cuerdas. No podía resignarse a su suerte, tenía derecho a ganarse la vida como cualquiera y no entendía bien qué era aquello que lo estaba condenando al inmovilismo, a la pobreza. En alguna parte debía haber alguien que necesitara una persona como él, con sus atributos. No era posible que la mala fortuna lo marcara como suyo para siempre, aunque debía rendirse a la evidencia que no tenía ni para comprarse un par de zapatos. Deseaba ahora con toda su alma convertirse en un hombre productivo, para disfrutar de los frutos del hasta ahora,

esquivo trabajo. Porque tenía la energía suficiente, la disponibilidad necesaria, unas ganas incontenibles, y necesitaba el dinero.

El trabajito consistía en el asalto a una casa, donde sus propietarios estarían ausentes y el botín podía ser extremadamente generoso. Sus amigos parecían haberlo considerado todo y contaban con un plan estudiado en sus mínimos detalles, según dijeron.

En su desesperación Marcelino comenzó a pensar que ésta era la única salida que el destino le ofrecía y que, tal vez, aceptar la invitación hecha por sus amigos no era mala idea, así que empezó a considerarla.

3

Mi hijo es inocente, el señor fiscal comete varias irregularidades, según nuestro abogado. Es imposible que él pudiera haber participado en ese delito, en un crimen tan atroz como el que lo acusan. Yo, por supuesto, meto mis manos al fuego por él. Mi hijo es un hombre sano, bien educado, que tiene sus valores bien claros y no cometería una insensatez como aquella. De seguro aquí hay gato encerrado, una confabulación en su contra con la que, por razones que desconozco, intentan perjudicarlo. Si es cosa que pregunten a todo el mundo, a los parientes, a los vecinos. Mi hijo no es culpable, repitió, alguien tiene que hacer algo para ayudarlo. No es posible que en este país se condene a un inocente.

4

Según mis amigos, el padre de familia sale todos los días un poco antes de las ocho de la mañana, abre el portón de su casa y se dirige en su auto hacia el centro. La mujer sale un poco después con sus dos hijos, que lleva seguramente al colegio, y no vuelven hasta la tarde. La casa tiene un sistema automático que al oscurecer enciende las luces del frente. También tiene una alarma, que mis amigos conocen al dedillo y saben cómo dejarla fuera de servicio.

Íbamos a entrar por la puerta trasera porque se supone es más fácil forzarla. Una vez adentro nos dedicaríamos a buscar las joyas, o cualquier otro artículo de valor, de los que estaban seguros eran guardados en el domicilio.

A medida que me informaron del plan me fui haciendo una idea del lugar y la operación. Mientras tanto el solo pensar en el succulento botín me alentaba, dándome valor.

Por fin tendría unos buenos pesos para moverme. Era un trabajo limpio. Yo solo tenía que ocuparme de vigilar por si ocurría algo o venía alguien, mientras mis amigos se encargaban del resto.

Qué alegría, me dije, por fin tenía un trabajo; uno no muy convencional, pero daba lo mismo. Porque mucho peor es ver como todo el mundo se compra autos nuevos, viaja por el mundo, usa teléfonos cada vez más inteligentes, mientras nosotros los desafortunados, los perdedores, los angustiados, nos vamos postergando. No es resentimiento. Aunque tal vez lo sea. Pero da lo mismo.

Aquella mañana me levanté temprano y nos juntamos con la intención de entrar a la casa. Hacía frío, una niebla densa dificultaba la visión a más de tres metros, así que tuvimos que acercarnos para ver con claridad. A él lo vimos salir y dirigirse en su auto hacia el centro. Pero ella y los niños tardaban más de lo presupuestado, lo que nos puso nerviosos. Entonces pasaron por mi mente un montón de pensamientos que me inquietaron: ¿Estaría bien lo planeado?, ¿Era lo correcto?, ¿Considera el plan los imprevistos?, porque se suponía que la casa quedaba deshabitada y hasta ese momento, cincuenta minutos después de lo programado, la madre no salía. Tal vez estaba enferma ella, o alguno de sus hijos.

Lo que haya sido; el plan se desinfló, y debimos esperar otro día para cometer el asalto.

A la mañana siguiente de nuevo nos levantamos temprano y acudimos a la casa de la cual no vimos salir a nadie, tampoco el marido. Nuestra sorpresa fue total, pues ninguno de nosotros tenía el suficiente coraje para entrar al domicilio con la familia dentro. Así que ese día también desistimos y retornamos a nuestro barrio, decepcionados.

El dinero me rehuía, se escapaba, pero recordé que no tenía alternativa, mis amigos tampoco.

Nos pusimos de acuerdo en dejar pasar una semana para después reintentarlo, con tanta mala suerte que el día programado uno de mis amigos amaneció enfermo, incapaz de levantarse y cumplir con su trabajo. No es raro que éste se convirtiera de inmediato en el blanco de nuestras maldiciones, porque nosotros no queríamos hacerlo solos, por miedo a que el plan se complicara.

La semana siguiente nos fue peor. Mi amigo no iba mejor, llevaba varios días enfermo. Nuestra moral, entonces, se fue desmoronando y dudé otra vez si el plan era el que convenía, si sería posible ejecutarlo. Me hice mil preguntas, que qué pasaría si ocurría esto, o aquello, pero mi otro amigo me detuvo arguyendo que todo era perfectamente posible, que lo habían hecho antes, varias veces. Había que esperar y mantener la sangre fría para que resultara.

Le hice caso e intenté darme ánimo, pensando siempre en los cochinos pesos que esperaba con ansias.

Todas esas noches, sin embargo, no pude conciliar el sueño y tuve pesadillas en las que me veía en la cárcel encerrado, víctima de otros reclusos que me agredían.

Pero creo que la gota que rebalsó el vaso fue cuando nuestro amigo enfermo recibió el diagnóstico de hepatitis, que lo condenaba a treinta días más de cama y, mi otro compañero, quien había planeado el asalto, conseguido los planos de la casa y coordinado la operación, abortó el emprendimiento con una frialdad que me caló hasta los huesos.

Todo quedaba en nada y yo seguiría sin trabajo,

desempleado, depresivo, sin un céntimo en los bolsillos. Algo que para mí era impresentable. Sobre todo porque les había dicho a mis padres que tenía un trabajito, del cual muy pronto veríamos los frutos, y no quería decepcionarlos.

Así que aperré solo. Un día vi a toda la familia salir por la mañana y, siguiendo las indicaciones dadas por mis amigos, inhabilité la alarma y me introduje en la casa por la puerta trasera.

La casa era elegante. con muebles finos, muchas alfombras, cuadros y jarrones. En el segundo piso las ventanas estaban abiertas y las camas deshechas. Justo entonces se me ocurrió ir al baño y mientras orinaba sentí abrirse la puerta de entrada. Me demoré un segundo en subir la bragueta de mi pantalón y escuché expectante hacia dónde se dirigían los pasos. Era una mujer que tataba una canción conocida, creo que una de Elton John. Seguramente era una nana que no estaba considerada en el plan. Me oculté detrás de la puerta del baño y retuve mi aliento para escuchar mejor. Estuve allí inmobilizado unos minutos intentando no hacer ruido, pensando dónde mierda podían estar las joyas que había entrado a robar. Todo esto mientras la mujer tataba su canción y se movía de un lugar a otro de la casa.

Cuando escuché el ruido de unos platos en el primer piso, supuse que estaba en la cocina y me atreví a ir hurgar en el dormitorio principal. No sé cómo tuve tanta sangre fría para hacer eso y no escapar. Es que el desempleo mata, me dije, al mismo tiempo que abría con todo cuidado los cajones de una cómoda y metía mis manos en ellos buscando el botín.

En el segundo cajón de esa cómoda encontré las joyas que guardé en mi bolsillo, precisamente en el

momento que escuché de nuevo abrirse la puerta de entrada y una voz de hombre le habló a la mujer llamándola querida.

Enseguida escuché como subían las escaleras y se dirigían al dormitorio donde yo estaba. Me apresuré a esconderme en un closet cercano y desde éste, como el ladrón en que me había convertido, los escuché fornicar sobre la cama que crujía y parecía que se iba a desarmar.

No podía verles las caras, pero no sé por qué supuse que era el dueño de casa haciéndole el amor a su amante, la empleada. Eso no suena tan descabellado. El acto duró algunos minutos y durante todo ese tiempo estuve con mi mano en el bolsillo, agarrando las joyas que significaban para mí un mejor futuro. Imaginé a los amantes transpirando, agotados después del coito, y de repente escuché dos disparos y los pasos de alguien bajando apurado uno a uno los peldaños de la escalera.

Al principio me horroricé, pero después me armé de valor y abrí la puerta del closet. Allí estaban los dos tirados sobre la cama, cada uno con un disparo en el cuerpo. La mujer agonizaba.

En verdad no atiné a otra cosa que salir corriendo del lugar, teniendo cuidado que nadie me viera. Salí con el corazón en la mano y me perdí en las calles aledañas. No tengo idea de la identidad del o la asesina. Tampoco me importa en lo más mínimo. Yo hacía mi trabajo, lo otro no me incumbe.

5

Señor Juez, la tesis del fiscal es errada, mi cliente es inocente de los graves cargos que se le imputan. El no es un asesino. El robo de las joyas lo cometió sin mediar ningún hecho de sangre, por lo que tiene las manos limpias. El señor Marcelino Rentería es un hombre, como muchos en nuestro país, que acosado por la falta de trabajo decidió darle solución a sus problemas robando en la casa de la familia Gacitúa. Erradamente, cierto. Pero aquellos asesinatos no son de su autoría, como lo prueba el que no se ha encontrado en su poder ningún arma homicida y que el motivo de los crímenes es según toda evidencia, un motivo pasional.

Mi defendido declaró desde un principio, cuando lo arrestaron intentando vender las joyas; que en el momento que entró a la casa y la abandonó, después del robo, la casa estaba completamente sola y tranquila, así que debió ser mucho antes que los terribles crímenes sucedieran. Por eso, no permita usted, señor Usía, que un inocente cargue con esas muertes que no ha cometido.

6

El veredicto, sin embargo, le fue adverso y lo condenaron a dos cadenas perpetuas, una por cada asesinato. Su madre cayó desmayada en el tribunal cuando dictaron la sentencia y Marcelino apareció al otro día en todos los diarios del país como un asesino peligroso e implacable. El abogado dijo que apelarían, aunque Marcelino ya había aceptado la derrota entregado por completo a su destino.

Fue inmediatamente enviado a una prisión de alta seguridad donde pasaría el resto de sus días.

Al llegar al recinto penitenciario lo hicieron pasar por los procedimientos habituales, tuvo que soportar en un cuarto helado el chorro de agua fría sobre su cuerpo desnudo, lo fotografiaron de frente y de perfil, le metieron un dedo buscando algo en la boca y en el ano, y luego fue enviado a compartir una celda con otros reclusos que lo recibieron entre risas y sarcasmos.

La celda era pequeña, con una ventana con barrotes y estaba repleta de sábanas, frazadas y ropa colgando de todos lados. Le asignaron la parte superior de un maltratado camarote que al soportar su peso se cimbró, metiendo bulla.

El hacinamiento era horrible. Con él eran 13 en un lugar donde cabían apretadas seis personas. Se encontraba ahora en medio de desconocidos que en adelante serían sus compañeros de vida, su familia. Hombres que, como él, habían defraudado la sociedad cometiendo un crimen. Algunos cumplían condenas desde hacía ya larga data y estaban acostumbrados al régimen carcelario que él tendría también que aceptar y soportar.

Muy pronto apagaron las luces y sobre el penal cayó un manto de silencio. Los reclusos se arrojaron para buscar rápidamente los sueños, como si sin su auxilio no pudieran soportar el encierro en que vivían.

Marcelino lloró entonces por todo aquello que había aguantado: su mala suerte, la injusticia, la impotencia, el infortunio.

Y esa misma noche la cárcel le tenía guardada una sorpresa. No pasó mucho rato cuando entre tres reclusos que aparecieron de repente, de no se sabe dónde, lo inmovilizaron, lo tiraron al suelo y le quitaron la ropa para después introducir sus inmundas y ávidas vergas en su sucio y novato culo. No importó cuánto gritara llamando por auxilio, nadie acudió, ni sus compañeros ni los guardias. Tuvo que sufrir la vejación sin lograr zafarse de los fuertes brazos que lo aprisionaban. Fue algo espantoso.

Dos reclusos se ensañaron finalmente con su trasero, los que debieron encontrar tierna y atractiva su carne blanca y delicada, sus gemidos de impotencia y el dolor que más los excitaba.

Aquel era una especie de bautizo carcelario y no había cómo evitarlo, los maricones de la peni lo recibían con algarabía y besos, con pellizcos en sus piernas y sus

nalgas. Sintió que estaba en el mismo infierno y quiso terminar con su vida, sucio e impregnado todavía con el olor asqueroso de aquellos que lo habían violado, quitándole su preciada dignidad. Pero no lo hizo, porque no fue capaz. No pudo.

Al otro día los golpecitos en la espalda que le dieron sus compañeros de celda lograron reconfortarlo un poco. Existía entre ellos una aprobación implícita de lo ocurrido esa noche, todos lo sabían, y todos lo aceptaban, como si éste fuera un rito de iniciación a una secreta cofradía, el derecho de entrada a un mundo en el que debía aprender a adaptarse y convivir.

Las noches siguientes no volvieron a abusarlo.

En medio de ese paisaje surrealista, de aquel cuadro de miseria humana, hizo algunos amigos, los que por supuesto se rieron cuando les relató que era inocente. Aquí todos somos inocentes, le replicaron.

Así las cosas tuvo que aprender a vivir encerrado en medio del caos, entre las continuas peleas de los reclusos, tomando tecito, mate, o cualquier otra yerba, conversando en los pasillos, compartiendo cigarrillos que eran escasos, y caros.

Tuvo que dejar atrás su antigua vida, convertirse en uno de ellos, siempre desconfiado, siempre alerta y a la vez sumiso, dispuesto a todo. La vida allí dentro era diferente, complicada, estaba llena de gente violenta, agresiva, baños malolientes, comida desabrida o insípida, matones y asesinos por todas partes acechando a los más débiles. Sin duda ése era el purgatorio, donde se pagan las penas.

Echaba de menos a sus padres, pero también su pieza, sus largas duchas con agua caliente, la buena comida.

Su sueño de volver a encontrar trabajo ya no tenía sentido, los dados habían sido tirados y resultó ser el perdedor, la víctima, el escogido por el destino para que la vida se ensañara.

Así pasaron los días, las semanas, los meses, la primavera, el verano con sus colores; sus olores encerrados en esos patios con paredes de seis metros. Considerando los días de visita los domingos, las infaltables riñas de las pandillas, los reclusos que ingresaban y otros que partían. Hasta que la noticia le llega sin que lo esperase, justo cuando lo aceptan en un programa para reos donde, debido a su buen comportamiento, le asignan un trabajo, uno de esos que afuera le habían sido esquivos.

7

Ya me había hecho la idea de morir encerrado. Inmerso en esa forma de vida el mundo exterior se iba convirtiendo poco a poco en un recuerdo. Es curioso, a pesar de mi inocencia un profundo sentido de la derrota, la fatalidad, de algún modo me ayudó a resignarme y aceptar mi destino. Por eso no recibí con entusiasmo la noticia porque, paradójicamente, al fin tendría allí dentro el ansiado trabajo. La noticia me llegó de cualquier modo y, contrariamente a lo que esperaba cualquiera, me derrumbé por completo.

La vida nunca termina de sorprendernos.

El verdadero asesino fue descubierto. Mi intuición aquella mañana no había fallado. La esposa celosa los sorprendió en la cama y apretó el gatillo. Fue ella a quien escuché bajar peldaño a peldaño la escalera. Un detective contratado por mis padres (no sé cómo lo hicieron, de dónde sacaron el dinero), descubrió la verdad y reunió las evidencias.

Doce meses después que me metieron preso, ella confesó que su marido la engañaba, que esa mañana al regresar a su casa más temprano, de manera desacostumbrada, se había percatado de ello; que no lo soportó, que se llenó de rabia, que sin pensarlo

siquiera, como un verdadero zombie, cogió el revólver que su marido guardaba para protegerse de eventuales ladrones y estuvo allí unos segundos parada en silencio, en la sombra, mirando como ellos se revolcaban. Hasta que primero se sintió transpirar, después se sintió congelada y, motivada por los celos, disparó.

El Alcaide me mandó llamar y dio la noticia. Me dijo que desde ese momento estaba libre.

Y ese mismo día dejé la cárcel para encontrarme con mis padres que me esperaban afuera con lágrimas en sus ojos.

Entonces fuimos a la casa, de vuelta a mi pieza sin humedad ni garabatos en las paredes, a las largas duchas con agua caliente, a las comidas nutritivas y sabrosas, a mis sábanas limpias.

De regreso al paraíso, me dije.

El tiempo sin embargo volvió a correr, y al cabo de algunas semanas me encontré de nuevo en lo mismo, buscando un trabajo sin poder encontrarlo; temiendo que toda esta historia pudiera repetirse, girando en un gran círculo vicioso del cual escapar fuera casi imposible.

EL CÍRCULO

Segunda parte

8

La solución que encontró Marcelino para desligarse de su hasta ahora malograda biografía fue quitar el país. Irse a buscar mejor suerte en otras tierras y después regresar; eso estuvo siempre en su mente, amaba su tierra y su gente. Pero si antes había sido complicado encontrar un trabajo, ahora con sus antecedentes le sería todavía más difícil. Había perdido toda esperanza. Necesitaba urgentemente cambiar de aire, olvidarse un poco de la situación; y como tenía un pariente en el extranjero, ése parecía un buen camino.

Sus padres estuvieron de acuerdo, deseosos de una mejor vida para su hijo, incluso si esto significaba dejar de verlo por mucho tiempo. En este país no pasa nada, los jóvenes parecen estar de más, le dijeron, tienes que salir e intentar conquistar el mundo cueste lo que cueste; o se arriesgaba a envejecer siendo pobre, siempre postergado, sumido en la derrota. Debía viajar a Bélgica donde su primo Pedro, Pierre, como le llamaban ahora, lo estaba esperando.

9

Cuando supe que mi primo Marcelino estaba en problemas lo invité a vivir en mi departamento y envié el pasaje. Le iba a enseñar un oficio con que ganarse la vida. El negocio aquí marcha bien, sin problemas, explotando la ingenuidad e inocencia de los europeos.

Aquí nosotros somos como una familia y nos ayudamos. El muchacho es vivo, no le va a costar aprender cómo meter las manos en los bolsillos ajenos.

Apuesto que va a ser todo un éxito. Después me lo va a agradecer, estoy seguro.

10

Marcelino se despidió de todos, de sus padres, de sus amigos y de su tierra. Estaba ansioso de emprender aquel viaje que lo llevaría a una nueva vida. Se consiguió un libro para aprender francés en 10 días, pero lo que aprendió después no le serviría de nada.

El viaje fue largo, agotador, aunque como era su primer viaje en avión le pareció increíble.

Después de 19 horas de vuelo aterrizó en Bruselas donde su primo Pierre lo esperaba y lo recibió con los brazos abiertos. Hacía mucho tiempo que no se veían. Pierre era unos quince años mayor, ahora vestía elegante e iba bien afeitado, era un poco más viejo que como lo recordaba. Marcelino también lo abrazó y le dio las gracias por haberlo sacado de Chile. Estaba dispuesto a hacer lo que él le dijera.

Y pasó poco tiempo para que Marcelino descubriera lo que su primo hacía viajando en el metro a las horas de mayor afluencia de público.

Pierre esperó unas semanas mientras le hacía conocer la ciudad, moverse por ella, y una vez que viajaban en un carro del tren subterráneo le pidió que observara.

El carro iba repleto y comenzaron a moverse a empujones entre la gente. Marcelino, que iba detrás de su primo, no pudo ver nada inusual. solo cuerpos

golpeándose contra otros cuerpos, acomodándose entre ellos mientras viajaban. Hasta que dos estaciones después se bajaron por otra de las puertas del carro con una billetera como botín.

Marcelino quedó con la boca abierta, por la destreza demostrada por su primo, pero sobre todo por la manera en que éste le confesó ganarse la vida: como lanza profesional, un carterista. Y sin ninguna vergüenza.

11

Tal vez no era lo que esperaba. Reconozco que me sorprendió y primero me dio risa, pero después miedo. El negocio sin embargo parecía lucrativo. Pierre me aseguró que con un poco de práctica, si me esforzaba y seguía sus instrucciones, muy pronto me llenaría las manos de plata gracias a estas personas que eran demasiado confiadas, presa fácil para manos hábiles como las suyas, eso dijo.

Me presentó a Jhonatan, alias *el negro*, a Mario alias *el coqueto*, y a Rogelio alias *el angelito*, todos chilenos viviendo de lo mismo, compañeros de oficio, a quienes la suerte les sonreía y quienes me recibieron en el grupo sin problemas. Me adoptaron e instruyeron sintiendo un natural orgullo cuando por fin debuté en público. Fue como pasar un examen donde los cuatro me observaban robar mi primera billetera. Lo hice bien porque me resultó como un juego y después de muy pocos intentos abortados, producto de mi impericia, fui adquiriendo una destreza que jamás habría imaginado.

Robé todo tipo de porta documentos y también billetes de los bolsillos.

A mis padres les escribí que trabajaba junto a mi primo Pierre en el metro de Bruselas, como ayudante de mantenimiento, que gracias a él aprendía un oficio. Y les envié dinero.

Los cinco chilenos nos reuníamos por las tardes en el departamento del *coqueto* a tomar un te y a repartir el botín de ese día, porque hacíamos un pozo común. Era un sistema fraternal de reparto, comunista como dijo el negro un día, y reímos, porque para éste todo era un chiste, y nos alegraba la vida.

Las billeteras tenían dinero pero también documentos: carné de identidad, de conducir, tarjetas de visita y otros papeles. A veces me entretenía mirándolos, tratando de pronunciar bien los nombres de las víctimas, quienes seguramente los echaban de menos y habrían hecho cualquier cosa por recuperarlos. Después las billeteras se iban a un basurero.

12

Un día la foto de un carné llamó la atención de Marcelino. Era el rostro de una mujer rubia, con la tez muy blanca, el pelo rizado. Sintió que la imagen lo miró con unos ojos tan azules que lo cautivaron. Esa mirada tenía algo especial que lo atraía y pensó que por única vez haría una excepción devolviendo la billetera a su dueña.

No dijo nada a sus compañeros quienes seguramente se habrían opuesto a tamaña tontería que podía poner en riesgo su oficio.

A la víctima le diría que había encontrado la billetera en la calle. De seguro iba a pasar como un buen samaritano.

Buscó la dirección en un plano de la ciudad. Tomó el mismo metro en que ejercía su oficio y llegó a la dirección indicada en el documento, donde tocó el timbre.

La mujer de la fotografía abrió la puerta con una sonrisa en los labios y le preguntó en francés, qué deseaba. Como él no comprendió lo que decía sacó la billetera de su bolsillo esperando la reacción de la mujer. Cuando ella se dio cuenta que Marcelino le traía de vueltas su extraviada billetera, lo hizo pasar de inmediato.

El lugar era luminoso y percibió un olor a incienso llenándolo todo. Las paredes tenían muchos cuadros

con figuras extrañas y en medio de la sala había una mesa de madera con un enorme Buda reposando sobre ella.

Chantal le ofreció asiento y al ver que Marcelino no dominaba el idioma le habló primero en inglés, luego en lo que a él le pareció italiano, y finalmente en un español de España que hizo a Marcelino asentir con su cabeza. Español, si, le dijo, esa es mi lengua, soy chileno.

¿Dónde la encontró?, preguntó ella.

En la calle respondió él. Creí que a su dueña le harían falta todos esos papeles y quise hacer mi buena obra del día, concluyó.

Chantal quiso agradecerle invitándole un café.

Por favor acepte, le pidió.

Y Marcelino embrujado por esos ojos y su mirada, aceptó.

13

Que haya ocurrido esto en una ciudad superpoblada como la nuestra, en estos tiempos en que la gente es tan individualista como para preocuparse únicamente por lo suyo, me parece un signo de la providencia y creo que este hombre me ha encontrado traído por fuerzas que están más allá de sí mismo. No cualquiera hace lo que él hizo. Estoy sorprendida, agradecida de su buena voluntad. Cómo quisiera que hubiese más gente como él en el mundo. Me ha devuelto la billetera hasta con los euros que tenía. Además es chileno, un país que conozco.

Los designios de Dios son insondables. Marcelino me ha dado una muy buena impresión y quedé de volver a verlo. Así aprovecho de practicar mi español y hacer un nuevo amigo. El universo sabe lo que hace. Yo confío.

14

Me fui de ese departamento con el corazón encendido, lleno de ansiedad, de amor podría decirse. Quise descubrir si esos ojos, esa mirada impresa en un pedazo de papel, tendría la misma fuerza en el personaje de carne y huesos, y la realidad superó las expectativas. Chantal no es solo una mujer bellísima, sino que tiene un ángel muy especial.

Por supuesto no hice ningún comentario a mis amigos y seguí visitándola.

Ella me habló de lo que hacía como profesora de yoga, y de sus sueños. Yo la escuché sin decir una palabra, casi siempre absorto en su mirada.

Cuando me preguntó qué hacía le dije que había llegado al país hacía poco, donde pretendía radicarme, y mientras vivía en el departamento de un primo. Después le mentí diciendo que en mi país trabajaba como un vendedor de libros, lo que en Bélgica no era posible, por razones obvias. Mi francés era nulo. Ella también me escuchó atenta. Así que éramos dos sujetos que se comunicaban sin interferencia, desde un principio.

Cierto día me habló de la meditación y esas cosas que yo poco entendía, me dijo que Buda había sido un hombre increíble, que sus enseñanzas eran algo así

como la llave para liberarnos de lo malo que los seres humanos teníamos dentro.

Siempre tenía un incienso quemándose en la sala y siempre hablábamos frente a la estatua del Buda que parecía mirarnos. Me enseñó francés y gracias a ello en poco tiempo comencé a balbucear mis primeras frases correctas.

Nos hicimos amigos. Más que amigos.

Mi primo Pierre me felicitó por mis avances en el idioma, los que no eran tantos, pero como el negocio seguía floreciente, y nadie había sido arrestado, eso lo tenía contento.

Me preguntó qué hacía por las tardes y yo le dije que cortejaba a una amiga. Entonces rió y aprobó con su cabeza. Muy bien, me dijo, nada mejor que una entropierna bien jugosa, ¿No es cierto? A lo que respondí que estaba enamorado.

Ninguna otra mujer había logrado cautivarme como aquella, y a medida que fuimos profundizando nuestra relación me fui complicando.

15

Ejercer un oficio como el nuestro requiere de cierta disciplina, sobre todo si actuamos en grupo como lo hacemos. Por eso a menudo les recuerdo que somos profesionales y no podemos permitir que las cosas se nos dispersen porque cualquier descuido puede costarnos el trabajo, la libertad.

Pero una mujer no tiene por qué ser un problema, lo digo pensando en Marcelino. Aunque uno siempre, siempre tiene que cuidarse de no dar un paso en falso y las mujeres, no lo sabré yo, muchas veces son la chispa que inicia el incendio.

Cuento con que mi primo Marcelino no es tonto y no hará ninguna lesera que pueda ponernos en riesgo, sincerándose, confesando todo a una mujer, por ejemplo.

16

Marcelino comenzó a practicar yoga con su amiga. A veces se quedaba con ella por las noches, e incluso fue invitado a mudarse a su departamento. Las conversaciones duraban hasta tempranas horas de la madrugada y el espíritu encerrado en el hombre empezó a despertar, querer otras cosas.

No quería seguir mintiendo, pero no podía confesarle que era un carterista que trabajaba en el metro robando a sus compatriotas. Ese era un secreto que debía seguir secreto. Ella podría no soportarlo, sentirse engañada, y temía perderla.

Ahora entendía que Buda quería evitar el sufrimiento, y él intentaba precisamente evitarlo. Quería convertirse en su protector y no iba a permitir ninguna cosa que pudiera dañarla. Inclusive la verdad que le ocultaba. Así que calló, siguió engañándola. Por temor y por vergüenza.

Ya se le ocurriría algo.

Mientras tanto sus padres recibían noticias positivas, entre éstas una foto de la novia de su hijo y muchos billetes, porque la empresa donde trabajaba era buena, y el salario justo. Lo había logrado. Podían estar tranquilos y felices.

Terminé mudándome a vivir con Chantal seguro que entre nosotros teníamos algo serio que podía durar. Mi primo Pierre trató de persuadirme de no hacerlo; no sé si lo hizo porque no quería volver a vivir solo o porque temía que me desbandara. De cualquier modo no le hice caso. Chantal poco a poco se iba haciendo más necesaria para mí y no quería perder un momento para compartirlo con ella. En un principio vivimos como en un verdadero nido de amor del cual no queríamos alejarnos. Ella seguía haciendo sus clases de yoga en un Centro Social, y yo seguía robando en el metro, sin que ella supiera. Pero nos esforzábamos por volver a nuestro nidito lo más rápido posible para estar juntos.

El problema se nos presentó cuando decidido de nuevo a cambiar de vida, no contento con el trabajo que ejercía, deseoso de hacer algo que pudiera llenarla de orgullo, intenté ir alejándome del grupo de carteristas y del oficio, hasta que un día no aparecí por el Metro.

Mi primo creyendo que estaba enfermo vino a buscarme y se mostró molesto por la decisión que había tomado, echándole toda la culpa a Chantal que, según yo, nada tenía que ver en el asunto.

Encontró que era un desperdicio. Esto no va a terminar en nada bueno, me dijo, y se fue. No volví a verlo por algún tiempo.

Mi idea era buscar un trabajo decente, en lo que fuera. Otra vez me encontraba en la misma situación inconfortable, aunque esta vez con un obstáculo suplementario: el idioma. Pero el amor lo puede todo, incluso hacer soñar al más tozudo de los escépticos.

A Chantal le dije que el dinero traído de Chile se me acababa y me urgía un trabajo. Ella prometió ayudarme a conseguirlo, pero mi destino era otro. Los trabajos formales, correctos, aceptables, no querían nada conmigo y volvían a esquivarme. No hubo caso.

El dinero que había logrado juntar robando en verdad se terminaba. Así que después de dos años viviendo en ese país, como indocumentado, como ladrón de billeteras, le propuse a Chantal volver a Chile conmigo.

Cuando fui a despedirme de mi primo dijo que estaba loco. Me dio un beso en la mejilla y un abrazo. Salúdame a tus padres, me dijo.

No sé por qué pensé que podía tener una oportunidad volviendo a mi país, que Chantal sería algo parecido a un amuleto y como gringa en Chile iba a ser bien recibida. Chantal estuvo de acuerdo. Algo le conté de lo difícil que era vivir en mi país, un país pobre, mal educado, a veces peligroso. Pero ella igual estuvo de acuerdo, y preparamos el viaje.

En Chile la noticia llenó a mis padres de alegría. No comprendían por qué dejaba abandonado un buen trabajo, pero eran tantas sus ganas de volver a verme que aplaudieron la iniciativa y me esperaron con ansias.

18

Cuando pisaron el territorio nacional era de noche y hacía tanto calor como cualquier día de febrero. El reencuentro fue emocionante, hubo besos y abrazos, llantos. Chantal, como él lo había imaginado, fue muy bien recibida y desde el primer momento conquistó el corazón de la gente. Fue ella quien rápidamente encontró cómo ganarse la vida haciendo sus clases de yoga. No llevaba dos semanas en Chile cuando recibió la oferta de un Centro Cultural del barrio alto.

Aquellos constituían los primeros ingresos de la pareja y Marcelino se puso en campaña para intentar una vez más encontrar un trabajo. Cosa que hizo.

19

Todo está escrito y es producto de causas y condiciones. Nada sucede al azar en este universo perfecto. Un hombre puede verse un día pisoteado por las circunstancias y otro impulsado hacia el éxito. Las cosas cambian siempre, para mejor como dicen los optimistas, para peor como dicen los otros. Pero el mundo está siempre en movimiento. Los dados se tiraron y vuelven a tirarse, en algún lado hay alguna puerta abierta. Nadie sufre para siempre. Nadie está tampoco feliz todo el tiempo. La pareja comenzó entonces con el pie derecho, y arrendaron una casa. Marcelino se sentía orgulloso de haberle ganado a la adversidad y empezó a trabajar con el mejor de los ánimos.

El trabajo era honesto, con contrato, la paga aceptable. Se trataba de administrar una botillería, un trabajo sencillo que daba inicio a las diez de la mañana y terminaba pasadas las dos de la madrugada, donde conoció a muchos borrachos y aprendió a llevar el stock de licores, bebidas, cigarrillos y chicles.

Estuvo ahí contento por un tiempo, hasta que se aburrió de lidiar con delincuentes que en tres oportunidades intentaron asaltarlo. Así que los problemas volvieron a presentarse. Aunque esta vez él

tenía las armas, sabía como enfrentarlos, haciendo algo que había aprendido en Europa y para lo cual poseía una destreza inigualable.

20

Hoy me conocen como el gringo, tal vez por mi mujer, o porque viví en el viejo continente. Tenemos un hijo, precioso.

Me dedico como antes a meter mis manos en los bolsillos de los pasajeros, la misma vieja cantinela, pero ahora aquí en el metro de Santiago.

Me va incluso mejor que en Europa.

La Chantal cree que soy vendedor en el centro, que por fin tengo un trabajo estable, bien remunerado y seguro, que además me mantiene contento.

Soy afortunado.

Atrás quedaron los días de zozobra y desconcierto.

